

I PREGÓN DE SEMANA SANTA DE LA HERMANDAD DE LA PLAZA

**a cargo del
escritor y periodista sevillano
Manuel Molina Cano**

**Iglesia de Santiago Apóstol
CASTILLEJA DE LA CUESTA (Sevilla)
6 de Abril de 1984**

Pontificia, Real e Ilustre Hermandad Sacramental de Santiago Apóstol y Cofradía de Nuestro Padre Jesús de los Remedios en el Santo Sepulcro y Nuestra Señora de la Soledad,

Reverendo Padre,

Dignísimo representante del Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla,

Hermanos y amigos

Hace ya muchos años, más de seiscientos, la por entonces poderosa Orden de Santiago llegaba hasta este lugar, a mitad de camino entre Sevilla y el cielo.

Fundó en él un Señorío, con el siglo XIV en sus albores primeros, y en su entorno nació pronto vuestra Castilleja.

Invocando el nombre del Apóstol de manera repetida, a modo de santo y seña, había ido el cristianismo expulsando a los moros de estas tierras. La cruz se vino a ocupar el sitio de la media luna y desde entonces preside de Santiago la Iglesia, posterior y actualmente Parroquia de Castilleja y sede de una Hermandad con varios siglos de vida, que es Madre y Maestra ya de Hermandades de esta villa.

No quedan, por desgracia, documentos de aquellos primeros siglos de vuestra existencia. Pero posteriores sí, y esos ya son suficientes para conocer que en el siglo XVII existían en la Iglesia Parroquial de Santiago dos Hermandades, dos Cofradías, la del Santísimo Sacramento y Santa Vera Cruz y la del Santo Entierro de Nuestro Señor Jesucristo y Madre de Dios de la Soledad, que en el correr de los años se unirían para formar una sola, la vuestra, que desde hace un par de siglos tiene sus primeras Reglas y que más tarde adoptó de Santiago su lema, heredando a otra Hermandad aún más antigua que ella.

* * *

Dicen, de la imagen de Nuestro Padre Jesús de los Remedios, los unos que es del círculo de Jerónimo Hernández, mientras que otros pretenden ver en él la maestría de la gubia de la escuela de Roldán.

Y al verlo, yo me pregunto qué os importa eso a vosotros, porque el margen de la gubia, sea su autor el uno o el otro, nadie pudo imaginar una mayor perfección en este Cristo Yacente que inspira fervor, dolor, que mueve al recogimiento y desde el Santo Sepulcro arranca al alma lamentos y la hace pedir perdón.

Se postra el pueblo a sus pies, al ver que Jesús va muerto. Llora la gente con El al sentir sus sufrimientos. Y le reza, emocionada, una oración espontánea que recuerda su Pasión:

Perdónanos, Jesús Mío,
Padre Dios de los Remedios,
que cuarenta días y noches
ayunaste en el desierto
para librar a este mundo
del horror de los infiernos.
Elegiste a tus apóstoles
entre el pueblo más sencillo.

Por pedírtelo tu Madre
hiciste del agua vino.
Al mundo diste el consuelo
de tu Mensaje Divino
y él acogió jubiloso,
entre palmas y entre gritos,
tu entrada en Jerusalén
a lomos de un borriquillo.
Perdónanos, Jesús Mío,
Padre Dios de los Remedios,
si es que también hoy nosotros
jubilosos te acogemos
para entregarte después
de nuestro olvido al destierro.
Como aquellos que hace años,
cuando bajaste del cielo,
de tu Pasión y tu Muerte
el mensaje no entendieron.
Habías dejado a los tuyos
en Pan Bendito tu Cuerpo;
y en el Cáliz, con tu Sangre,
nos distes Amor Eterno.
Pese a todo, te entregaron
aquella noche, en el Huerto;
te coronaron de espinas,
te insultaron, te escupieron,
para llevarte después,
martirizado y maltrecho,
a presencia de un Pilatos
que te cubrió de desprecio.
A morir Crucificado
te condenó el mismo pueblo
que te acogió jubiloso
cuando dejaste el desierto.
Perdónanos, Jesús Mío,
Padre Dios de los Remedios,
si en la senda del Calvario
te dejamos sólo luego,
y dejamos a tu Madre
en el camino del Duelo,
sin llevar hasta su lado
ni un ápice de consuelo.
Te dimos, por fin, la muerte
clavado a un sucio madero.
A Ti, Jesús, Padre Mío,
que redimistes al pueblo.
Y ahora estás en Castilleja,
bajado otra vez del cielo.

Y a mí me quiebra el dolor
cuando Yacente te encuentro.
Se me rompe el alma al verte,
mis pecados te confieso
y arrepentido, a tus pies,
quiero que oigas mis lamentos.
Perdóname, Jesús Mío,
Padre Dios de los Remedios.

* * *

Y la Virgen...

Yo no se hace cuántos años, cuatrocientos o quinientos, Castilleja se durmió. Debieron soñar sus gentes con ataques, epidemias y toda clase de males. Y en su pesadilla vieron que alguien venía a salvarles.

Tuvo que haber sido así, porque no pudieron ser manos humanas las que la hicieron; quien supo entreabrir sus labios, quien contorneó sus mejillas, quien la hizo dolorosa, quien la hizo sonrosada, suave de muñequilla, no pudo ser ningún hombre.

Sería una noche callada. Se vio sola Castilleja, se vio perdida su gente entre sombras y tinieblas. Y para consolarla, el más bello de los luceros desde el cielo descendió. Debió posarse en la Plaza, y para el llanto calmar, una legión inspirada de ángeles escultores del lucero hizo la cara. El dolor de todo el pueblo quedó prendido en su rostro y el llanto de aquel mal sueño en lágrimas recogió el buen escultor anónimo.

Después dijo, al despertar el pueblo de Castilleja:

"Esa es la Soledad, ¡Madre de Dios!, ¡Madre vuestra!"

Y la empezasteis a amar, y empezasteis a adorarla, y a visitarla en la Iglesia, y a llevarla en vuestra alma. Y a pedirle en la oración que nos bendiga su Gracia:

Dios te Salve, Reina y Madre,
Virgen de la Soledad,
llena de Misericordia,
Vida, Dulzura y Esperanza nuestra,
que iluminas con tu Luz
de la plaza las tinieblas,
que le das vida a su gente,
que acabas con su tristeza
y le otorgas la esperanza

de alcanzar la vida eterna.
Dios te Salve.
A Ti llamamos
los hijos de Eva,
por Ti suspiramos
los hijos de Castilleja
que te aman como nadie
y que su vida te entregan.
Suspiran por Ti, Señora,
gimiendo y llorando
en este valle con lágrimas
que quieren borrar las tuyas,
las que tus ojos derraman,
que quieren con dolor propio
borrar el que hay en tu cara.
Sé pues, Señora,
Abogada nuestra.
Si tu Dolor no queremos
sácanos de la tristeza,
si tus Lágrimas borramos
borra Tú también aquellas
que nuestros ojos derraman
por lo agreste de la senda.
Y después de este destierro,
muéstranos a Jesús,
que hoy está Yacente, Muerto,
pero está aguardando, Vivo,
que lleguemos hasta el cielo.
El es el fruto bendito
de tu vientre.
Y como Madre, recuerda,
que somos también tus hijos,
y pecadores ayer
venimos arrepentidos
para implorar a tus pies
tener el Perdón Divino.
¡Oh Clementísima!,
¡oh Piadosa!,
¡oh Misericordiosa!,
¡oh Siempre Dulce Virgen María!,
Señora Nuestra,
ruega por nosotros,
Santa Madre de Dios,
para que seamos dignos
de alcanzar y gozar las promesas
de Nuestro Señor Jesucristo,
Padre Dios de los Remedios,
Jesús Mío, Redentor,

que nos ha de perdonar
porque amamos a su Madre,
Virgen de la Soledad.

* * *

Castilleja de la Cuesta, Parroquia de Santiago, Nuestro Padre Jesús de los Remedios y Nuestra Señora de la Soledad.

Hermandad y Cofradía. Esperanza, Fe y Amor. Dolor, llanto y alegría. Religiosidad, fervor, en ese Bendito Viernes, Viernes Santo, tarde y noche, para el que vivís un año. Explosión festiva y sana, expresión de una forma peculiar de entender que ha revivido, que ya no está triste el alma, porque resucitado el Hijo, son lágrimas de alegría las que sus ojos derraman. Domingo de Resurrección. Viernes Santo. Castilleja de la Cuesta, Iglesia de Santiago... ¡la Plaza!

* * *

Esperanza, fe y Amor para acercarnos a Ellos, cada año, cada mes, cada día, cada momento.

Esperanza para pedir, de rodillas, a sus pies, la gracia que necesitas; o la salud de tu hijo; un trabajo, tal vez nada; puede que incluso el regreso del amor que se te ha ido.

Fe, porque es la que da a tu rezo la mayor fuerza, porque sabes que Ella puede, porque sabes que El espera a que vayas a pedirle para darte su respuesta.

Amor... para volver a rezarle aunque ayer El no atendiera aquello que le pediste; para volver a decirle: "esto es lo que yo quiero, ¡hágase lo que Tú quieras!"

* * *

Hermandad. Sobre todo Hermandad, porque Hermandad sois vosotros, Fernando López, Luis, Manuel; Angel, Santos o José; Santiago, Juan, Andrés; Antonio... los que estáis. O los de antes, que ahí está Antonio Chaves, que representa, al igual que hacéis vosotros, el entusiasmo y la entrega.

Los que estáis, los que se fueron, los que la regís ahora y los que os precedieron, y doce meses al año, siete días cada semana, ofrecéis vuestros desvelos, os olvidáis de las cosas que os habían de dar dinero, porque estando en vuestra

Plaza os encontráis en el cielo. Y allí no hay otra moneda que no sea el amor sincero.

El Viernes Santo es un día. Y el Domingo será otro. Mas porque lleguen los dos, siempre estáis ahí vosotros. Los primeros o los últimos, los últimos o primeros, que el orden no os importa tanto como reunir esfuerzos.

* * *

Y Hermandad son vuestras mujeres. Sí, vosotras. Tan Hermandad como ellos. Porque también dedicáis gran parte de vuestro tiempo a mimarla como a nadie, a cuidarla con esmero para que nada le falte. Ni la toca, ni un pañuelo, ni un bordado de oro fino, ni un alfiler, ni un requiebro!

Pero además dedicáis, junto a ese tiempo vuestro, el tiempo de los demás, aunque no del todo ajeno, compartiendo el matrimonio, en resignado silencio, con las muchas horas solas esperándolos a ellos.

Trabajo y sacrificio unidos, vuestro empeño, vuestro celo, Ella os lo habrá de premiar porque seguís su camino, senda de la Soledad.

* * *

Porque Hermandad sois vosotros, capataz y costaleros del Señor de los Remedios, de María en su Soledad, que habéis cambiado la túnica por el sudor y el costal.

Y sois Hermandad vosotros porque compartís esfuerzos, porque al salir a la calle los vais a llevar al cielo, guiados por el cariño de quien es hermano vuestro para llevar a una imagen a la que queréis vosotros y vuestros padres quisieron. Que sea el Amor quien conduzca, que la Esperanza os de fuerzas, mientras la Fe en Ellos dos vuestras almas alimenta.

Si guías al Señor Dormido,
ten cuidado, capataz,
no vayas a despertarlo
si fuerzas el caminar.
Que no se altere tu paso
llevando al Señor Yacente,
porque va sólo escuchando
los ruegos de un penitente.
Y vosotros, costaleros,
sobre pétalos de rosas,
que en vuestros hombros lleváis
la Flor más esplendorosa.
Que el sudor no os preocupe,
ni el cansancio, ni el esfuerzo,

que Ella lo habrá de premiar
con su Amor y su Consuelo.
Amor, piedad, sacrificio,
belleza, encanto, hermosura.
El y Ella, sobre el paso,
van forjando tu ventura.
Al igual que la lleváis,
Ella os habrá de guiar
hasta el cielo con su Hijo.
Ella guarda vuestros sitios,
costaleros, capataz.

* * *

Corred en su ayuda, hermanos, que también sois Hermandad los que marcháis caminando y el redoblar agorero de los tambores romanos habéis cambiado por marchas para auxiliar, sin desmayos, a quienes cargan sus hombros con el peso de los pasos.

Al Señor no despertadle. Dejadle, que está cansado, pues perdió toda su sangre por la llaga del costado.

Pero a Ella, a vuestra Virgen...

¡Tocad para que la mezan!, itocadle cosas alegres para mitigar sus penas! Que aunque una Madre no olvida cuando un Hijo suyo ha muerto, vuestras marchas cofradieras le han de aliviar sufrimientos.

* * *

Y son también Hermandad... los cofrades que se fueron. Los que nunca volverán aunque estén en el recuerdo. Aquellos que un día bendito a la Iglesia nos trajeron, nos enseñaron los pasos, vistieron de nazareno, nos enseñaron a amarla, en la Hermandad nos metieron... y en la Hermandad nos dejaron cuando ellos fueron al cielo.

Puede que falte este año algún que otro costalero, tal vez algún penitente, quién sabe si un nazareno, que no están entre nosotros porque un triste día se fueron, que con su marcha dejaron un irrellenable hueco, que nos partieron el alma, que nos llenaron de duelo... pero que están allí arriba, escuchándonos y viéndonos!

Puede que uno de vosotros, el Viernes Santo, en silencio, se arrodille ante los pasos y pregunte por qué ha muerto el ser que tanto quería.

Y obtendrá una respuesta que a otros cofrades nos dieron: que ha muerto porque El y Ella querían tenerlo en el cielo, porque Ellos también le amaban y por eso le eligieron de prioste, Cruz de Guía, penitente o costalero, para formar cofradía con los hermanos más buenos.

Y tú te levantarás, sintiendo un nudo en el pecho, y te irás hasta tu sitio, en el tramo o el costero, inotando que está a tu lado ése que se fue a los cielos!

* * *

Todos somos Hermandad: penitentes, nazarenos, músicos, capataz, mujeres y costaleros. Y hasta aquellos otros hombres que sin ser hermanos dieron lo mejor que hay en sus vidas.

Había que adornar las imágenes: las flores fueron cuidadas con cariño y con esmero; había que ponerles luces... fundió la cera el cerero; y para la flor y el cirio nacieron, de los orfebres, las jarras y candeleros; y había que ponerles andas... ¡qué benditas manos fueron las que uniendo gubia y tablas obras de arte parieron!

Los de ayer y los de hoy. Los que serán, los que fueron. Y ahí está Manuel Guzmán, de retablos arquitecto, catedrático de gubia, de más corazón que cuerpo, que si un día Dios lo quiere le hará al Señor, Jesús Mío de los Remedios, un paso en el que parezca que va dormido, y no muerto.

* * *

Y no es menos Hermandad, porque es bello sentimiento, ese reunirse todos con ese hermoso color que en la tarde cubre el cielo. Con ese color tan rojo de la Cruz de Santiago, de la Cruz de aquel Apóstol que hace siglos cerró España y desde siglos también, a caballo y con su espada, protege, ilumina y cierra la Parroquia de la Plaza.

El colorao es importante porque es el color primero del mismo espectro solar. Y es rojo el color del cirio de toda Sacramental. Es también ese el color que acompaña en el Sagrario al Santísimo, porque roja fue la sangre que derramó Jesucristo.

* * *

Y es hermandad cristiana, ¡cómo no!, la Caridad, el desvelo por aquellos que no tienen lo que nosotros tenemos. La Caridad es amor, piedad, cariño, sublime generosidad si ni nuestras manos saben lo que la otra ha de dar.

Sed generosos, hermanos, indulgentes si hace falta, magnánimos, desprendidos... que cuando la noche acabe, que cuando nos llegue el alba, Ellos habrán de premiar el amor de nuestras dádivas.

La Hermandad es sacrificio. La Hermandad es Caridad. Y la Hermandad es nobleza para saber perdonar. Siempre hay ricos, siempre hay pobres. No lo vais a remediar. Pero sed hidalgos siempre a la hora de ayudar a vuestro hermano, a un amigo, a un vecino, a los demás. Porque entonces verán Ellos que sois real Hermandad.

* * *

Hermandad. Esperanza, Fe y Amor, más sobre todo Hermandad.

Y Cofradía.

Punto y aparte, porque ya ha llegado el día, y por la tarde...

Viernes Santo. Tarde. Plaza. Ha llegado ya la hora, ya están abriendo las puertas y de vuestra Cruz de Guía se ve ya la silueta. se hace el silencio en los labios. Desborda la dicha el alma.

Ya está saliendo a la calle y Castilleja, encantada, se recoge alrededor. Ya salen los nazarenos, insignias, cera quemada. Y detrás, poquito a poco, icapataz cómo lo amas!, Cristo Misericordioso.

Señor Dios de los Remedios, nos va llegando tu Luz, nos va inundando tu Amor, nos hiela la sangre el verte, Cristo Nuestro, Redentor, y nos da vida saber que tu Muerte fue Perdón.

Te quiere, Señor, tu pueblo. Te entrega, Dios Mío, su alma. Porque esta gente sencilla no se para cuando ama, no te discute las horas (tarde, noche o madrugada), que cualquier momento es bueno para abrigar la esperanza de aliviar, con esta entrega, esa Pasión que te mata.

Hombres, mujeres o niños, que aquí no hay edad ni razas, se han quedado enmudecidos, sin respirar, mientras pasas. Y desde las cuatro esquinas de este mundo que es tu Plaza te va siguiendo, Jesús, el amor de sus miradas.

Y salta al aire un sonido, un eco que los desgarran. Es, Señor, una oración, es del pueblo la plegaria que sale volando al aire nacida en la misma alma.

Es, Señor, una llamada. La de un pueblo que te ama y, para rezarte, canta:

Cristo Nuestro de la Plaza,
que tu infinita Bondad
aliente nuestra esperanza
de ver feliz a tu Madre,
Virgen de la Soledad.

* * *

Porque desde que al pie mismo de la Cruz, allá en el Monte Calvario, nos encomendó Jesús a María como Madre, eres Tú, Señora Nuestra, quien preside nuestros sueños.

Sufrimos con tus Dolores, y con tu Amargura eterna; vibramos con tus Angustias; lloramos con tus Tristezas; vivimos contigo un Valle, de Lágrimas y tinieblas. Y nos guía la Esperanza, Virgen de la Soledad, de que tras la triste noche llegue por fin la mañana de verle resucitar.

Mientras tanto, llegas Tú, Madre y Señora.

Los más hermosos claveles palidecen en tus andas. Las luces y el oro fino no se ven, porque es tu cara la que al salir a la calle nos ha robado los ojos, ha paralizado el alma, ha vuelto el silencio en grito, ha quebrado las gargantas, ha detenido hasta el tiempo, ha arrancado nuestras lágrimas, ha robado al sol la luz, ha llegado a la mañana, tras volver la tarde en noche y la noche en madrugada.

Y en la emoción de la plaza hay mil preces, mil lamentos, mil saetas, mil llamadas.

Porque todos quieren verte, quieren sentir tu mirada, quieren tener tu consuelo, quieren vivir tu esperanza. Virgen de la Soledad, es tu pueblo, es tu plaza, ison tus hijos que te aman!

* * *

Bendícelos, Madre Mía; bendícelos, Virgen Nuestra. Se Tú nuestra Luz y Guía en un mundo de tinieblas.

Quiérellos, porque te aman. Amalos, porque en Ti esperan. Y bajo tu manto rojo cubre a toda Castilleja de venturas e ilusiones, que has de cumplir tus promesas y has de acoger en tu seno a los que la tierra dejan, y has de dar consuelo a aquellos que solos aquí se quedan.

Tú sabes de Soledad más que nadie, Virgen Nuestra. Pero también sabes, Madre, cómo tu dolor consuelan con su devoción, sus rezos, con sus flores, con sus velas, con sus gritos y piropos, aunque estén entristecidos viendo en tu cara la pena.

¡Quiérellos, porque te aman!, ¡ámalos, porque en Ti esperan!

* * *

Yacente o dormido El, tan triste y tan sola Ella, acompañadles vosotros, llevadles por Castilleja. Que Ellos vean a vuestra gente, que vuestro cariño sepan.

Que no quede ni un rincón, ni una esquina, ni una reja, donde haya hombre o mujer, niño o niña, viejo o vieja, que la mire con fervor, que su plegaria le ofrezca o que tiemble emocionada al oír una saeta.

Desde la Iglesia a los arcos, y de allí a la carretera.

Llevadles por todas partes, que todo el mundo los vea, ¡porque el Viernes de la Plaza llena toda Castilleja!

* * *

Padre Dios de los Remedios, ¡ay Soledad, Madre Nuestra! Os quiere todo este pueblo, toda la plaza os espera y quiere estar con vosotros hasta después que amanezca.

Y cuando te marches luego, aunque vuelvas a tu templo, terminada la carrera, cuando la noche es más noche al irse la gran estrella, no se cerrarán sus almas cuando se cierren las puertas, porque todos en la plaza tienen por pecho un altar del que Tú eres la Dueña, Virgen de la Soledad.

* * *

Ya ha pasado el Viernes Santo, ya se han cerrado las puertas, ya volvió al templo tu paso, ya se apagó Castilleja.

En el aire está el olor de tus mejores esencias, en los ojos hay la luz que dejara tu presencia. Pero al no poderte ver, tu pueblo sufre condena.

Oasis en el desierto, posada del peregrino, aire para respirar... ¡todo eres, y te has ido!

¿Y que habrá que hacer ahora para consolar a un mundo que por verse sólo llora?

No puede esperar un año. No puede estar tanto tiempo tan lejos de su Señora. Te quieren ver cada mes, cada día, cada hora, paseando por su calles, bendiciendo con tu Gracia a todos los que te añoran.

Además, te fuiste triste, sin consuelo a tu Dolor, siguiendo la misma senda que el Divino Redentor.

Y ellos quieren consolarte, ellos quieren ver tu risa, ellos quieren ir a buscarte para gozar con tu dicha.

Porque aquí, María, te rezamos como en cualquier otra parte.

Pero es que además te mimamos como niña sola que eres; pero es que además te adoramos como a todas las mujeres; pero es que además te queremos como a las madres se quiere. Y contemplar tu Dolor, Madre, icómo nos duele!

Queremos que el llanto cese, queremos que Tú sonrías, queremos que en tu mirada los brillos sean de alegría.

Lo quiere el pueblo sencillo, que ver tu sonrisa anhela. Y con aquel andaluz que se llamó Muñoz Seca te decimos, como él:

Virgen de la Soledad,
no tengas esa penita.
¿No ves que todos los años
el Domingo resucita?

* * *

Porque su Muerte fue Redención, porque su Muerte fue Amor, porque su Muerte fue Vida. Y la pena de la Madre, Virgen de la Soledad, la pena de tu carita, ha de trocarse alegría cuando veas que Jesucristo, la causa de tu Dolor, el Domingo resucita.

Y ahí sí que Castilleja, y especialmente la Plaza, ha dado al mundo lección de lo que es la Fe en Dios. Jesús ha vuelto a la Vida. Domingo de Resurrección...

Amanece un nuevo día. Hay más luz en la mañana y hasta el aire está más limpio en la espera ilusionada.

Por debajo de los arcos, por las cuatro esquinas pasan gentes vestidas de rojo, colorá, su mejor gala.

Otra vez hombres, mujeres, niños, ancianos y ancianas se van arremolinando, ante la puerta, a esperarla. Y cuando salga esta vez...

Que repiquen las campanas, que anuncien a todo el mundo que ya no hay pena en su cara, que la Madre Triste es hoy una Madre Ilusionada porque está vivo su Hijo.

Y se viene ahora a la Plaza a decíroslo a vosotros, a los que tanto la aman, para recibir piropos, para pasear galana... porque es la mujer más dichosa que pueda haber en España.

* * *

Lanzad gritos y cohetes. Que se rompan las gargantas. Lanzad al aire mil globos (coloraos, como Dios manda) para que el mundo conozca lo que sucede en la Plaza, cómo quieren estos hombres, cómo les rebosa el alma la alegría incontenida de ver a su Soledad con la sonrisa en la cara.

No os importe si os critican, que malas lenguas ya haylas; no os importe que no sepan comprenderos, no hace falta; lamentad, en todo caso, que no aprendan la enseñanza.

Porque en la mañana alegre, en el grito alborozado, hay la misma devoción que existió la tarde triste en el rezo emocionado.

Llorasteis por una Muerte; reís por un Nacimiento. Porque al volver a la Vida nos ha traído el mensaje de que su Amor es Eterno.

Si la amasteis Dolorosa, cuando con su Sufrimiento lloraba por el camino que cubrió su Hijo Muerto, ¿cómo no quererla ahora, que ríe cual Madre Feliz sabiéndolo ya en el cielo?

Sois cristianos como antes. Si hoy es fiesta, ayer fue duelo. Y mañana...

Dios dirá. Pero ahí esta la Madre, Virgen de la Soledad, que después de estos tres días desea vuestro consuelo.

* * *

Sois, o mejor me vais a permitir que diga somos, un pueblo distinto. Igual que nadie queremos, y también lo demostramos como nadie sabe hacerlo. Fuera norma establecida. Fuera formalismos tiesos. Que aquí la gente sencilla es espontánea en su gesto. Si tiene que gritar, grita; si que callar, guarda silencio; y si hay que explotar de alegría, ríe con risa cantarina y limpia como un espejo.

Quien quiera entendernos, venga. Quien a criticar, váyase presto. Que somos así nosotros, y así aquí nos entendemos.

Si hay que sufrir, sufrimos. Si hay que llorar, lloramos. Pero que nadie pretenda convertir sólo en entierro el camino de una vida que tiene otros vericuetos.

Si la tristeza es hermana de la lágrima y el duelo, la alegría es prima hermana de la fiesta y el consuelo.

Ya se acabaron las lágrimas. Hay que sacar los pañuelos para ondearlos al aire, para mezclarlos al viento, para que enjugado el llanto sepan que están saludando el caminar de una Virgen que los viene bendiciendo.

Y si ese pañuelo es rojo... será mil veces más bueno. Que el rojo es color alegre, que el rojo es color del fuego de los cohetes que explotan por los espacios eternos de ese camino bendito que Jesús ha recorrido, tan sólo unas horas antes, en su regreso hacia el cielo.

* * *

Esperanza, Fe y Amor. Cofradía y Hermandad. A todos os dije hermanos, pero no hablé de los niños. Me los dejé en el tintero, pero no me olvidé de ellos.

No hablé antes de los niños, pero ahora yo te ruego que cuando este Domingo en la Plaza estés con ellos los recojas en tus brazos, los levantes hacia el cielo, que puedan ver a la Virgen, que la Virgen los vea a ellos, que sus miradas se crucen, que se digan, entre gritos o en silencio, lo que todos han sentido en el feliz reencuentro.

Tus padres te levantaron; tú lo harás ahora con ellos; y ellos lo harán con los suyos, en el transcurso del tiempo.

El viernes de monaguillos, de pajes o nazarenos, el Domingo son insignia, estandarte, sentimiento.

Porque tú vienes del ayer, y aunque estés hoy, ellos son los que tienen que caminar hacia el mañana.

Al igual que tú lo fuiste un día de quienes te precedieron, ellos serán tu relevo.

Por eso yo ahora te pido, por eso yo ahora te ruego, que el Domingo los levantes, en tus brazos, hacia el cielo, porque aunque vivas cien años a la Madre estás diciendo que para Ella ya tienes previsto tu testamento.

* * *

Más que cofrades, hermanos. Más que Hermandad sois familia. Grande, amplia, extensa, larga. Y a ella me habéis incorporado con el Pregón de la Plaza.

Cientos de años de vida os avalan y os respaldan. Cientos de años en los que muchos han sido los que se fueron, pero aún más los que llegaron para taponar un hueco que existe sólo en lo físico, porque está en verdad repleto. Porque están todos ahí, en la Plaza, apiñados en torno a los que tanto quisieron.

Ayer vuestros abuelos; vuestros padres después; ahora vosotros; mañana

vuestros hijos y vuestros nietos. Esta es la grandeza de vuestra Cofradía.

Esta es la Gracia del manto protector de vuestra Virgen. Esta es el alma, el sentir de un pueblo que ama como nadie, que expresa sus sentimientos con llantos y con risas, con cantes o silencios.

Alegría y tristeza; risas y llantos; amor, piedad, caridad; dolor, suspiros, quebrantos. Es el pueblo de la Plaza, que llora para reír o canta si está rezando.

Esta es la Plaza de Castilleja, con gente que aún es joven y tiene lista ya en sus hijos la savia nueva. Para seguir amando a sus imágenes, para que la Hermandad no muera y su vida, con el correr de los años, sea eterna.

¡Que el Santísimo Cristo de los Remedios y Nuestra Señora de la Soledad os bendigan y así lo quieran!

He dicho.